

ESTADÍSTICA DE CULTOS.

Acaba de publicar el ministro de Cultos y de Instrucción pública en San Petersburgo una estadística de los disidentes domiciliados en el imperio ruso. De tal documento resulta que hay actualmente 8.863,278 en esta forma:

2.847,004 católicos romanos; 4.229,886 luteranos, 367,075 armenios gregorianos; 18,461 armenios católicos; 37,012 reformados ó calvinistas; 4.189,802 israelitas; 2.320,840 mahometanos; 190,092 laimaitanos, 463,030 paganos diferentes.

ARBOLES NOTABLES.



El olmo de Brignolles. (Departamento del Var). — Dibujo de CHAMPIN.

El río de Carami corre por fuera de los muros de Brignolles. Según la tradición, hace cinco ó seis siglos pasaba por el sitio donde está hoy la plaza que lleva su nombre, y entre los árboles de su ribera se hallaba el olmo notable que se ve en nuestro grabado. Ya en el siglo XV este olmo era una de las curiosidades de Brignolles. Miguel de l'Hospital, nacido á principios del siglo XVI, celebró sus raras proporciones en los escritos que compuso durante su destierro en la Provenza. En 1564, el 25 de octubre, Carlos IX, en una

casa en frente del olmo presenció bajo sus ramas un alegre baile. Con el tiempo hubo que apuntalar este venerable patriarca de los árboles del Var; y así se halla apoyado en una pilastra de madera de 2 metros 20 centímetros de altura. Se dice que en la gran cavidad que formaba su tronco, han vivido mas de una vez familias de artesanos; pero habiéndole cerrado con piedras y cemento, en el día no puede servir de habitación á nadie.

J. B. OUDRY.



Bertran y Raton.

La fábula de Lafontaine que lleva este título es bastante conocida para que haya necesidad de trascribirla aquí. Oudry ha elegido el momento en que el gato está sacando las castañas de la lumbre y el mono se las come. El uno se quema; el otro se divierte comiendo; antigua historia de nuestra especie, en que el necio trabaja para que el diestro goce.

Oudry, que pintaba tan bien los animales haciéndolos tan espresivos, debía necesariamente descollar en la ilustración de ese poema de mil cantos diversos, escrito por el inmortal fabulista.

Ese talento superior en este género, le valió á Oudry una rápida fortuna. Igual á Desportes en fecundidad y en ingenio, gozó en la primera mitad del último siglo de una reputación que ha llegado hasta nuestros días. Hé aquí un detalle muy curioso concerniente á la historia de las producciones de su pincel: El príncipe de Condé, primer ministro de Luis XV, despues de la muerte del Regente, temblaba por

la vida del jóven rey, á causa de la mala salud que este disfrutaba. Lemontry dice en su *Historia de la Regencia*, que empleó toda clase de artificios para inspirarle el gusto de la caza, que debía á la vez fortificar su cuerpo y desviar su espíritu de los grandes estudios.

El bosque de Chantilly se volvió pues la Academia del monarca de quince años; llenábanse sus aposentos con los mejores cuadros de Oudry; el jesuita Tournemine publicó una disertación á fin de probar que la inclinación á la caza en un jóven príncipe, es el presagio de una heroica virtud, y por último, el primer ministro llevó la seducción hasta el punto de acuñar en honor del rey una medalla histórica con esta inscripción: *Et habet sua castra Diana*. Estos indignos artificios eran innecesarios. Aquella misma esterilidad de alma que infundió á Luis XV la pasión del fuego, le precipitó en las fatigas de la caza, con tan poco freno, que el príncipe de Condé estuvo á punto de arrepentirse de su obra.

Oudry formó parte de la comitiva en estas cacerías por orden de Luis XV, para que las pintara; como Van der Meulen asistió, con el mismo objeto á las campañas de Luis XIV. Cuando se examinan atentamente los cuadros de Oudry, así como los de Desportes, cuando se estudian esos animales tomados en lo vivo de la realidad con su movimiento, su actitud, su vida, y la variedad de pincel que en la mayor parte de esas obras no tiene nada que envidiar á la *Cacería de la garza real* de Teniers, se sorprende uno de que ciertos maestros de la escuela francesa no tengan unos nombres tan conocidos como los que poseen Flandes, la Holanda, la España y la Italia.

Profesor en la Academia de pintura y pensionado por el rey, Oudry disfrutó durante muchos años de una habitación con estudio en el palacio de las Tullerías. Cuando murió, como ya hemos dicho, en Beauvais, en 1755, era director de la manufactura de este nombre y también de los Gobelins.

J. J. ARNOUX.

UN CEMENTERIO A LA ORILLA DEL MAR.

Un cementerio á la orilla del mar! En estas palabras se encierra una crónica muy interesante de los peligros sin número de la vida del marino y del pescador! Solo vagando en medio de sus tumbas puede comprenderse bien la vocación de esta carrera, alrazada por elección ó por necesidad. En los bellos días nos sirve de satisfacción contemplar desde la orilla el inmenso Océano cuyas olas centellean y ruedan majestuosamente. Entusiasmados con esta sublime escena, divisamos las blancas velas relumbrando sobre el vértice de las olas, los buques de vapor surcando el cielo con sus nubes de humo y trasportando alegres viajeros hácia nuevos espectáculos; vamos á los marinos sobre la playa ó entre las rocas poniendo á flote sus barcos de pesca ó conduciéndolos al puntar la aurora. El mar entonces y el pueblo que lo anima, toman á nuestros ojos un aire festivo; el trabajo, las malas noches, los prolongados sufrimientos, la muerte, se ocultan á nuestro pensamiento bajo la espléndida decoración del teatro, bajo el aspecto sereno y franco de los actores mismos. Pero que diferencia si contemplamos la vida del pescador en su conjunto, y no apartamos de este cuadro de existencia agitada al invierno y las tempestades! Pocos son los que pueden seguir al marino en su realidad; pero los que deseen formarse una idea exacta de su vida, pueden ciertamente lograrlo visitando un cementerio situado á orillas del mar.

Poco tiempo hace que recorrimos dos sobre las costas de Yorkshire, y vamos á buscar ahora nuestras impresiones arrojadas entonces con rapidez sobre el papel. Nuestra primera visita fué al cementerio de Filey, pequeña aldea bien conocida de los *turistas* por la inmensa estension de sus arenas y la austera beneficencia de lo que se llama el Puente, punta de rocas que avanza á lo lejos en el mar, y sobre la cual se puede andar cuando la marea está baja; cuando las olas suben y vienen á estrellarse contra este promontorio, nada igual á la grandeza salvaje de estos lugares.

En las tempestades del invierno llega á ser este puente para los marinos un verdadero puente de los suspiros, porque muchos navios, y de los mas poderosos, se han hecho astillas sobre estas rocas.

Sobre una de las primeras tumbas que hirió mi vista en el apacible cementerio de Filey, lei esta inscripción: « A la memoria de Ricardo Richardson, que pereció desgraciada-

mente en las aguas el 20 de diciembre de 1799, á la edad de 48 años. » Y al lado: « Isabel su mujer, que murió el 19 de enero de 1833, á la edad de 89 años. »

El desgraciado pescador pereció sobre las rocas, y su mujer buscó en ellas su cuerpo durante el espacio de tres meses. En esta dolorosa tarea se hallaba sostenida por la idea inalterable de que al fin le hallaría. Durante todo el invierno seguía todos los días el flujo de la mar que se retiraba, y con sus ojos ardientes exploraba cada punta de roca, cada grieta, cada puñado de tierra en medio de las algas marinas que las tempestades conducían sobre estas orillas. En vano sus vecinos le decían que ya no había esperanza alguna de encontrarle, y que el buscarle tan penosamente en medio de aquel frío glacial, acabaría por serle funesto; todos los días se podía ver á esta solitaria exploradora despreciando al viento y la tempestad; al fin fue recompensada su perseverancia, descubriendo el cuerpo de su marido, y pudiendo al menos tener el consuelo de conlutarle « á la tierra su madre... » De qué fuerza moral estaria dotada la que sobrevivió durante 44 años á esta estraña vigilia del amor conyugal, llegando á la edad de 90 años! »

Cerca de allí se encuentra una piedra que recuerda la memoria de un patron y de su mujer que perecieron juntos por una racha de viento, en una travesía desde Londres á Shields; otro murió en un viaje á Quebec; dos hermanos, de los cuales el uno se ahogó en el Támesis, mientras que el otro pereció en Constantinopla. Los epitafios son sencillos sobre estos sepulcros, que suelen no contener los cuerpos, y son en general una espresion de sensibilidad verdadera, mucho mas notable cuando se les compara con las pagadas líneas que ordinariamente leemos en los cementerios.

Algunas veces, un barco sepultándose en las ondas, esculpido sobre la piedra, representa el destino del que reposa bajo el monumento; mas lejos, sobre la tumba de un viejo marino mas feliz, se ve un bajei con las velas desplegadas, bajo el cual se leen sinceras gracias á Dios por haberle libertado con frecuencia de la muerte.

El cementerio de Filey tiene sus historias de tierra firme, así como sus leyendas marítimas. Hay una sobre todas, y bien reciente, que excita el interés del visitador. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, se encuentra una piedra con los nombres de Isabel Cammisch, de edad de 21 años, muerta en el mes de agosto de 1848, y de Roberto Snarr, ingeniero, muerto en marzo de 1849, á la edad de 31 años. Isabel Cammisch murió de tisis. Era la novia de Roberto Snarr, cuyo afecto hacia ella era tan fuerte, que después de la muerte de la joven doncella, continuó considerando á los padres de ella como si fuesen los suyos propios: viviendo con ellos, no les dejaba mas que para vagar alrededor del sepulcro de Isabel. Una mañana fué á visitar por última vez esta tumba amada antes de partir para Northumberland. La madre de Isabel le habia dicho un día: « Roberto, con mi sentimiento he olvidado pagar la cuenta del médico por la enfermedad de mi pobre hija, y es necesario que vaya á pagarla. — Ya está hecho, madre, replicó Roberto. » La suma subía á cerca de 20 libras, y la madre de Isabel habia insistido inútilmente para reembolsarle este dinero. Aquella misma mañana, cuando volvía del sepulcro de su novia, la anciana madre le habia repetido: « Roberto, nos vais á dejar, y no sabéis cuales podrán ser vuestras necesidades. Quiero pagáros lo que os debo. »

— Madre, replicó el joven, guardad ese dinero, y si me sucede alguna desgracia, servirá para pagar mi entierro; pero no lo recibiré nunca mientras exista. Lo que poseo ha-

bría sido de Isabel si hubiera vivido, y gozo una melancólica satisfacción por esto suma.

Media hora después de estas palabras traían el cuerpo ensangrentado de este joven del camino de hierro, sobre el cual iba á realizar su viaje; y el dinero que no habia querido recibir, sirvió en efecto para enterrarle en la misma tumba de Isabel Cammisch. La poesia no ha desaparecido, pues, del todo de la vida, cuando hasta los caminos de hierro le pagan su tributo.

Si continuamos nuestra peregrinación á los sepulcros, que nos hablan de la existencia agitada de los marinos, el cementerio de Scarborough es uno de los que deben interesarnos mas. La antigua iglesia de Santa Maria se eleva al pie de la montaña del castillo, y domina desde su altura la multitud de tumbas colocadas alrededor de ella. Este parage fué probablemente por largos años el gran depósito de la muerte. Cuando los sajones ocupaban el pais, cuando los dinamarqueses saqueaban las costas á las órdenes de Regner Lodberg, fortificaban el cabo Flambro y edificaban á Whitby, la blanca ciudad en que Pedro Gabeston mandaba el castillo por Eduardo II, y ante el cual fué muerto John Meltrin, general de los parlamentarios; es verosímil que este cementerio tan poblado en el día recibiese entónces á todas estas generaciones de guerreros. Y sin embargo, qué de piedras recuerdan solamente la memoria de aquellos cuyas cenizas se hallan desmenuadas en otras tierras! Citemos algunos de estos desgraciados que han muerto en otros paises y no tienen en el suyo mas que un simple recuerdo. — William Allen, abogado en Clavaste, noviembre de 1826, de edad de 13 años; — José Allen, hijo del precedente (nótese que pereció en el naufragio de un buque de salvamento, el 17 de febrero de 1836, á la edad de 13 años.)

Allí se encuentran tambien los nombres de tres personas ahogadas en este mismo bajel de salvamento; mas lejos, la tumba de un marino que pereció en Rusia; otro en la travesía de la Nueva Escocia; un tercero en un viaje á la isla Mauricio; Roberto Scott se ahogó ante Elnesneur, y su hijo á la vista del cabo de Buena Esperanza. William Tieklepenni ha sufrido su pena sobre las arenas de Osgodby, en enero de 1828. Si las arenas de Osgodby no estuviesen siempre cubiertas por las aguas, y si no se añadiese que William Tieklepenni « vivió respetado y murió sentido, » se podría creer, segun el estilo del epitafio, que habia sido ahorcado. Toda la tripulación y los pasajeros de la *Selina*, que zozabó sobre la punta de Ram, fueron sepultados en Pimouth; pero se levantó un pequeño monumento á su memoria en el cementerio de Scarborough. Se hallan tambien numerosas menciones de personas arrebatadas en el desastre de la *Betty's Delight*, que se estrelló cerca de Scarborough, en 1844. Un marino, que murió en Santo Domingo, fué enterrado en Puerto Principe. Otros han hallado la muerte en los brazos de Lyon, durante una travesía á Duvres, « sobre la costa de Francia por los terribles efectos de la guerra. » Aquellos fueron dos marineros que murieron combatiendo á bordo de un buque del Estado. — Los unos han perecido al ir á Londres; otros al ir á la Jamaica. — En la rada de Yarmouth, — Whitby, — á la vista de la ciudad, — ante Sunderland, — en el naufragio de una barca en la punta Flanborough, — en San Juan de Nueva Escocia, — sobre la costa de Holanda, — á la vista de Jersey, — en Batavia, — en Java, — volviendo de América, — y uno, en fin, que murió de una insolacion en Calcuta.

De este modo nos vienen de todos los paises estos recuer-

dos de las muertes trágicas que habemos á nuestros pies. Allí hay ciertamente muy pocas de estas ratas de agua, como las llamaba Carlos II, sobre cuya tumba pudiese grabarse un canto alegre.

Si se quieren seguir de mas cerca los acontecimientos que recuerdan estos lugares, se encuentran en ellos las memorias de terribles naufragios y de desastres sin número. Allí puede verse que la *Gloria* de Yarmouth pereció con toda su tripulación; *Betsy* y *Ana* fueron tragadas por las olas; la *Amistad* se estrelló contra las rocas; la *Esperanza* pereció su abacia en el momento del peligro, y el *Felz* Regreso no halló en su nombre tan favorable una garantía suficiente para ganar el puerto. Después del espectáculo de que se vé uno allí rodeado, es menester pensar que solo un insensato puede confiarse á las ondas del Océano; pero mirese bien las caras tostadas que se encuentran en el camino y no se hallará en ellas ni melancolía ni desesperacion. Estos son siempre los alegres lobos marinos, que cantan en el puerto su viva canción, y que al partir para las costas peligrosas, para el viaje mas terrible, hasta para la indagacion inútil é impracticable del paso del Noroeste, se contentan con repetir el antiguo adagio: « todos debemos morir algun dia. »

Erase el 4º de noviembre de 1824; el viento del Noroeste, que se habia levantado desde el amanecer, soplabá con violencia. Los barcos pescadores, los buques carboneros, y otros bajeles que frecuentaban estas playas, llegaron bien pronto en confusion, buscando un abrigo en los puertos de Scarborough y de Filey; porque pasando estos no se encuentran otros en estas costas sino á mucha distancia, concepto Burlington, que ofrece algun refugio poco seguro. El día amanecía sombrío y amenazador; todos los habitantes estaban á sus ventanas mirando los bajeles que se acumulaban en el puerto. A lo lejos se percibían algunos hombres, colocados sobre las alturas, donde el viento les permitia apenas sostenerse, y que procuraban reconocer qué buques se hallaban en alta mar y qué peligros los amenazaban. Todo el mundo se hallaba bajo la impresion de un mismo pensamiento de tristeza; sobre esta costa donde el viento, cuando está en su fuerza, arroja de una manera irresistible á tantas navios sobre las rocas que la circundan, no debia concluirse tal dia sin terribles accidentes. Desde el mediodía formaba la mar inmensas olas que lanzaban sus espumas sobre las mas altas rocas, mientras que los vientos desencadenados llenaban el aire con sus temibles mugidos. Muchas naves llegaron con trabajo hasta el puerto, después de haber evitado, gracias á los esfuerzos multiplicados de la tripulación, el peligro de ser arrojadas y estrelladas en la costa.

Entre los barcos de pesca que buscaban asilo en la bahía de Filey habia uno que pertenecía á un joven llamado Jorge Joffile. Con su actividad y lo poco que le habia dejado su padre, pescador como él, habia llegado á adquirir la propiedad de una barca montada por cinco hombres, y con la cual habia bastante bien sus negocios. Esta barca constituía todo su bien: así, algunas veces, durante las largas horas de la noche, y mirando la mar en que tenia arrojadas sus redes, pensaba en lo que seria de él si acontecia alguna desgracia á la *Bella Susana*. La barca habia sido bautizada con este nombre que era el de su mujer; y cuando él se representaba en su imaginacion á su bella y buena Susana con sus dos hijos en su pequeña habitación tan aseada y tan alegre, situada en una de las calles de Scarborough, no podia evitar un invencible terror ante la idea de que pudiese suceder algun accidente funesto á su barca. Felizmente

eran pasajeros estos pensamientos, y solo influían para hacerle mas activo y mas vigilante.

Entonces hacia ya algunos dias que se hallaba en el banco de Dugger, ocupado en la pesca del bacalao, cuando el estado del cielo le presajó una próxima tempestad. Al momento recojió sus redes, largó sus velas y gobernó hácia el puerto con su habitual destreza. No tardó en verse imitado por los otros pescadores que se hallaban en estos parages, y todas las barcas se dirigieron al mismo tiempo hácia la costa. Pero antes que él hubiese divisado la tierra, habia arreciado el viento con violencia, y en el momento en que se aproximaba á la ribera, se convenció de que no podria ganar el puerto de Scarborough, y debería considerarse muy feliz entrando en el de Giley.

Después del mediodía del cinco de noviembre pudo en fin, á costa de prodigiosos esfuerzos, ponerse al abrigo y arrojar el ancla en medio de los otros buques extranjeros. Fatigados, empapados en agua, aniquilados por sus largos esfuerzos, sus cuatro compañeros subian con él á la aldea de Filey, cuando de repente le llamó la atención una multitud de marineros y pescadores, reunidos al pié del faro, y que en medio de la emocion general dirijian sus anteojos hácia el mar. Volvieron al momento la cara y percibieron la causa. Un bello navio mercante, sin velas y no obedeciendo ya probablemente al timon, rodaba, conducido por las olas, y se dejaba ir al través hácia un grupo de rocas perpendiculares, rodeadas por el mar, y que se llama el Espectante, escollo funesto, contra el cual se han estrellado muchos bajeles.

— «Nada puede salvarle ya,» — dijeron algunas voces con una calma aparente, que hubiese tomado un extranjero por prueba de insensibilidad. Sin embargo, podia ya percibirse un movimiento en la multitud; Jorge Jolliffe y sus compañeros comprendieron lo que esto significaba; muchos de estos valientes se disponian á tentar los medios de salvar á los que se hallaban á bordo del navio, cuya pérdida no podia evitar ningun poder humano. Pocas esperanzas habia ciertamente para los pasajeros, porque la roca tenia muchas millas de longitud y presentaba en toda su estension un muro perpendicular de unos doscientos piés de altura, contra el cual se precipitaba la mar con sordos mugidos. Aunque abrumado por la fatiga, Jorge resolvió inmediatamente unirse á los que deseaban socorrer, si posible fuese, á aquella aterrizada multitud que estaba sobre la cubierta del navio, ó darles por lo ménos la satisfaccion de ver que no permanecian indiferentes á su desgraciada suerte los que, mas afortunados que ellos, acababan de pisar la tierra.

Precipitándose entónces en una taberna inmediata, se bebió un jarro de cerveza, tomó un pedazo de pan y queso, y salió á un carro que se dirijia hácia la ribera conduciendo ya un gran número de pescadores. Solo un hombre de su tripulacion consintió en acompañarle, y este era su hermano menor. Los otros tres declararon que estaban medio muertos de fatiga y se quedaron atrás.

La carreta iba á escape, y mucha jente seguia el mismo camino con igual viveza. Durante este tiempo, una multitud de jóvenes marineros á pié, corrían á lo largo de las rocas, dirijiéndose por el camino mas corto para llegar al lugar de la catástrofe. Jorge y los que iban con él llegaron á un punto en que dejaron la carreta y se adelantaron hácia la ribera, llevando rollos de cuerda y vestidos para los naufragos. De tiempo en tiempo se oía el estampido del cañon de apuro que disparaba el navio en peligro. Por un mo-

mento se pudo pensar que la multitud que se hallaba sobre el puente tenia la esperanza de conducir el bajel al abrigo de la tierra y arrojar entónces el ancla; pero la terrible realidad de la situacion en que se hallaban, acababa evidentemente de presentarse á los ojos de las victimas, y los espectadores del desastre se precipitaban hácia las rocas con ansiedad mayor, á medida que los estampidos sucesivos del cañon de alarma venían á herir sus oídos.

Cuando Jolliffe y sus compañeros hubieron ganado la cumbre de las rocas, era la caída de la tarde; el viento continuaba soplando con violencia, y la mar no ofrecia á la vista mas que un vasto caos. La muchedumbre miraba al navio con un sombrío silencio, en medio del ruido de las olas y de los vientos. Uno de los palos habia caido tronchado sobre el puente, en el cual se veían tan solo algunas personas, que en actitud suplicante extendían los brazos hácia las rocas, para solicitar el socorro que desesperaban de poderles dar. En el momento en que el navio abandonado de esta suerte se aproximaba á las rocas, encontró un violento reflejo de las olas, que retrocedían bruscamente despues de haber chocado con la tierra; entónces se inclinó sobre un costado, traqueado en todos sentidos sin poderse enderezar. Las olas acababan de barrer el puente, y los pasajeros desaparecían dando gritos que se oían aun en medio de la tempestad. Los espectadores reunidos en la playa temblaban de horror, y conocían que iban á ser inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no podían apartar los ojos de este espantoso espectáculo; como impulsados por una fuerza estraña, contemplaban con triste terror este navio que á cada instante se aproximaba á su pérdida, cuando de repente distinguieron un anciano con la cabeza desnuda y los cabellos blancos chorreando espuma, aferrado al palo mayor, con las manos elevadas al cielo y los ojos fijos sobre ellos, como si aun tuviese la esperanza de que iban á salvarlo. Una emocion repentina recorrió la multitud. El buque se elevó por encima de las olas, y despues desapareció en el abismo á poca distancia de las rocas. Algunos segundos mas, y todo estaba concluido. Desde la ribera arrojaron muchas cuerdas; pero la gran distancia y el furor del viento les impedían alcanzar su objeto, cayendo á lo largo de la costa sin que ninguna llegase al buque. No por esto se desanimaban, y una de ellas pudo en fin ser agarrada por el anciano. Al verlo resonó un grito general, aunque la posicion era demasiado espantosa para concebir una debil esperanza. El navio llegaba sobre las rocas; un paso mas, y quedaba estrellado. Todos los ojos se esforzaban para ver si el desgraciado habia conseguido amarrarse con la cuerda. El trataba evidentemente de hacerlo, aunque sin soltarse del palo, temiendo ser arrastrado por la próxima ola. Pero sus fuerzas parecían agotadas; de diferentes lados se oían murmurar estas palabras: «No lo conseguirá jamás.» En este momento una nueva ola vino á cubrirle ruiendo; el anciano permanecía siempre abrazado al palo, y al retirarse la ola, se pasó el brazo por la cara como para quitarse el agua de los ojos, y miró al cielo.

(Se concluirá.)

BRETAÑA.

UNA FAMILIA BRETONA.

Ninguna provincia de Francia ha dado lugar á tantas y tan diversas publicaciones como la Bretaña. Sobre todo en estos últimos diez años el antiguo ducado se ha puesto á la moda gracias á algunos hombres y á algunos libros que necesariamente han traído consigo una muchedumbre de imita-

dores. Felizmente, hay obras de un valor real que han sobre nadado en esas olas de compilaciones, y entre ellas deben contarse en primera linea las de M. de la Villemarqué y los magníficos estudios de M. Cousson sobre las «Instituciones de la Bretaña armórica.» Esta última obra, á pesar de sus tendencias demasiado exclusivas, será considera-

da siempre como una de las monografías mas doctas é ingeniosas de la literatura histórica de Francia. Algunos han dicho que era una obra de benedictino, y este fallo léjos de ser una crítica es una exacta apreciacion de ese trabajo tan paciente como concienzudo.

Pero semejantes libros sea cual fuere su valor, no pueden



Una familia bretona contemporánea.

ser de utilidad ninguna mas que á cierta clase de lectores preparados por estudios precedentes, y quedaba por escribir aun la historia de la Bretaña para todo el mundo, esto es, la historia que puede satisfacer al hombre entendido y gustar al ignorante, un relato de los hechos animado por el soplo de la poesia popular, y puesto en escena por el buril: esto es lo que se propuso M. Pitre Chevalier en su «Bretaña antigua y moderna,» realizando sus intenciones con el mejor éxito. En su obra se encuentran sucesivamente la crónica, la tradicion y la leyenda, con el relieve que presta á

los hechos el grabado. La familia bretona contemporánea que acompaña á este artículo, es una de tantas preciosas escenas que dan vida y movimiento á la narracion esplotándola á la mirada.

Bajo todos conceptos el libro de M. Pitre Chevalier, merece la atención que el público le ha dispensado. Y en efecto, en ningun otro se halla una historia mas abundante y variada de la Bretaña, historia que puede reemplazar á un tiempo á los libros de erudicion, y á los puramente literarios.

LA FERIA DE LEIPZIG.

Con motivo de una de estas célebres ferias publicamos la siguiente carta que no deja de ofrecer interés:

Escribo á Vds. algunos pormenores acerca de la feria de Leipzig en medio de la agitación y movimiento que reina por do quiera.

No solo como asunto de alta importancia material, sino como espectáculo interesante al espíritu y á los sentidos, nada puede compararse con el que ofrece en estos momentos el teatro rico, animado y lujoso de las calles y plazas de Leipzig. Calculábase días pasados, según datos municipales, en 55,000 el número de forasteros que habían concurrido á la feria, pero solo en el último domingo se aumentó hasta 85 mil con las personas que llegaron de los pueblos inmediatos de 15 ó 20 leguas en contorno. Añádase á esta masa flotante la población ordinaria de Leipzig que pasa de 45,000 almas y se obtendrá una suma enorme de 130,000 en contacto incesante los unos con los otros, impulsados todos por el activo aguijón del interés y entregados á una especie de fiebre mercantil, cuyo movimiento comercial mas pronunciado en los grandes establecimientos de París no daría de esto sino una idea insignificante.

La gran multitud de gente que circula por todas partes, solo vive desde por la mañana temprano hasta el anochecer, de manera que ofrecen las calles un contraste admirable á medida que la noche empieza á desplegar su oscuro manto. En medio de esta muchedumbre agitada como las olas del mar, se sorprende uno agradablemente hallando á cada paso tipos diferentes, trajes diversos y oyendo hablar todos los idiomas del mundo. Pero lo que resalta de la manera mas pintoresca entre la variedad de fisonomías tan distintas unas de otras, es la característica é inmutable hace muchos siglos de los judíos polacos. Todos ellos visten del mismo modo: un tonelete corto de color oscuro ajustado por el talle con un largo cinturón de seda ó de lana color azul ó de violeta; parecidos los mas de ellos á los que usa el alto clero de Francia. Este traje, al que acompaña una larga barba, no carece de cierta elegancia; mas ignoro si por desconfianza ó por otra cosa, la mayor parte de los judíos de la Polonia, que suelen ser los mas ricos, afecta guardar el desorden mas completo indicando no virar bajo la esclavitud de la parte exterior de sus *toilettes*. Es una lástima que así suceda, porque he visto algunos ancianos de larga barba blanca, mucho mas esmerados en el aseop que sus jóvenes correligionarios, y me han ofrecido el tipo admirable, bello y majestuoso de senectud que las pinturas de la escuela italiana presentan generalmente en los personajes bíblicos del antiguo y nuevo Testamento.

Otro de los vestidos mas originales que han llamado la atención ha sido el de las mujeres del ducado de Altenbourg. No se compone sino de cintas aglomeradas en la cabeza, desde donde bajan hasta pasada la cintura, con tanta profusión, que muchas veces tal conjunto de cintas representa un valor de 100 ó 150 thalers (de 1200 á 2000 reales). Todas estas cintas que á pesar de su excesivo número no bastarian para tranquilizar completamente el pudor, van acompañadas de un corpiño y un zagalejo corto y ajustado, que hace traición de la manera mas clara á las formas. Las mujeres de Altenbourg pasan como las de mejor sangre de Alemania, siendo un objeto de lujo tenerlas de nodrizas en las casas de alto rango.

Ya queda indicado que vive todo el mundo en la calle desde por la mañana hasta la noche. Debe añadirse tambien,

que la animación de los sitios públicos desaparece de la manera mas completa al oscurecer. El aspecto de Leipzig á tales horas se parece al de cualquier aldea retirada del bullicio de las ciudades, del movimiento del comercio y de la industria, que á las nueve de la noche estan durmiendo ya todos sus vecinos despues de una partida de naipes ó de lotería. En este concepto nadie se toma el trabajo de iluminar ni de abrir sus tiendas.

Habiéndome dirigido cierta noche al teatro donde una numerosa compañía italiana daba el *Casamiento secreto* de Cimara, acompañado de una piececita muy divertida, la *Peluca del doctor*, hallé que apenas había una persona en la sala. Con gran asombro supe que la principal y casi la única distracción favorita de los concurrentes á la feria, sin distinción alguna de nacionalidad, consiste en ir á beber cerveza y comer jamón á unas salas vastísimas abiertas al público, donde las mas veces se cena con acompañamiento de grande orquesta. Tal diversion dura hasta las nueve de la noche, despues de la cual se retiran en perfecta armonía de ideas para entregarse temprano á ganar dinero españoles, franceses, alemanes, ingleses, rusos, moros, persas, griegos é italianos.

No seamos injustos. La completa absorción de las facultades intelectuales por el interés material del momento, no es tal sin embargo en un gran número de comerciantes que les robe todo el tiempo para hacer una romería al sitio, donde pereció gloriosamente José Popiatowik, muerto á caballo, según dice, de una manera tan *caballerosamente* lacónica, el epítapho del monumento erigido al héroe en las orillas del Elster.

Esta estraña! Mientras los hijos de las naciones que fueron ardientes enemigas de la Francia, vienen á rendir un homenaje, un recuerdo á la memoria del ayudante del hombre que dominó en otro tiempo á la Europa, quedan tristemente olvidados en el rincón de un cementerio de la población los sepulcros, donde yacen las cenizas de dos generales del ejército europeo coaligados contra la Francia. Estos son los generales rusos Schewitschen y Kudasenoff, que perecieron tambien con gloria en el campo de batalla de Leipzig.

Mas volviendo al asunto de la feria, termino esta carta dando algunos pormenores muy exactos sobre el movimiento de los principales negocios de este año.

A 16,000,000 de thalers (cada thalers asciende á unos 12 reales), se cree que llegará hasta el fin de la feria el valor de los negocios en gran escala.

El comercio manufacturero de Inglaterra y Alemania reunidos, han entrado por 5,700,000 thalers; el de Francia, por el de 1,800,000. Los artículos que han obtenido mejor éxito, han sido los chales, bordados y cintas de seda de Lyon y Saint-Etienne; una casa solamente ha vendido en un día por valor de 304,000 reales. No hay bisutería francesa; la comun de Alemania es muy buscada. Varios comerciantes griegos han hecho compras bastante considerables de este artículo. Tampoco se han encontrado paños franceses. La Bélgica ha enviado paños finos, que han tenido poca salida. Lo contrario ha sucedido con los paños ordinarios de las fábricas sajonas de Meran y de Wertau, de los cuales se han hecho pedidos considerables para América.

Las pieles del Norte no han obtenido gran éxito en los primeros días de la feria. Algunos comerciantes persas han hecho pedidos de tejidos ingleses de lana fina con dibujos.

En las ventas al pormenor de juguetes de niños ha conservado Alemania la primacia como todos los años, por la abundancia y calidad de sus objetos.

En suma, aunque el comercio no deja de quejarse según acostumbrá, es lo cierto que ha dado la feria de este año, si no brillantes, al menos resultados muy satisfactorios.

ESTAMPAS CURIOSAS.

EL LEVIATAN.

Esta figura singular forma la mitad superior del frontispicio de un libro en 4º publicado en Londres en 1654 por Andrew Crooke, é intitulado: « Leviatan, ó la materia, la forma y el poder de una republica eclesiástica y civil, por Tomás Hobbes de Malmesbury. »

Encima del hombre simbólico, se lee esta inscripción sacada del libro de Job :

« Ningun poder sobre la tierra puede compararse. »
Debajo está el título del libro grabado sobre un cortinaje, y á cada uno de los dos lados se ven cinco cuadros con asuntos alegóricos que forman contraste unos con otros, como la espada y el báculo pastoral.

Los cinco asuntos de debajo de la espada representan : 1º una fortaleza; 2º una corona; 3º un cañón; 4º un trofeo de armas; 5º una batalla.

Al otro lado debajo del brazo del báculo pastoral, los cinco grabados representan : 1º una iglesia; 2º una mitra de obispo; 3º el rayo; 4º un tridente sobre el que se lee la palabra : *Silogismo*; una horquilla con dos ramales, con estas palabras : *Directo, Indirecto*; otra con estas dos : *Espiritual, Temporal*, y por último otra donde dice: *Real, Intencional*; dos cuernos en los que está escrito : *Dilema*; 5º una asamblea de consejeros ó de magistrados.

La introducción del libro explica la intencion del frontispicio : vamos á traducir únicamente la primera parte :

« La naturaleza (esto es, el arte á cuyo beneficio hizo y gobierna Dios el mundo) imitada por el arte del hombre en un crecido número de cosas, lo es tambien en el punto capital de que el arte humano puede hacer un animal artificial. En efecto, puesto que es evidente que la vida no es mas que un movimiento de los miembros, cuyo impulso se halla en algunas partes principales interiores, porqué no hemos de decir que los autómatas (máquinas que se mueven por si mismas con la ayuda de resortes y de ruedas, como un reloj) tienen una vida artificial? Y qué son los nervios mas que resortes? Y qué son las articulaciones sino otras tantas ruedas que dan á todo el cuerpo el movimiento que quiso darle el artífice? »

« El arte adelanta mas aun, llegando hasta imitar esa obra racional y excelente de la naturaleza, el hombre; por que el arte crea ese gran Leviatan llamado una republica ó un estado (en latin *civitas*) que no es mas que un hombre artificial, á pesar de ser mas grande y fuerte que el hombre natural cuya perfección y custodia le están confiadas. Obsérvese ademas que la soberanía es un alma artificial, porque da vida y movimiento á todo el cuerpo; los magistrados y demas funcionarios (mediante los cuales se mueven los miembros y las articulaciones para cumplir sus funciones) son los nervios, que corresponden con la misma necesidad en el cuerpo natural; el poder y las riquezas de los miembros particulares constituyen la fuerza; *salus populi*, es lo principal; el consejo, á cuyo beneficio sabe todas las cosas que deben conocerse, es la memoria; la equidad y las leyes, son una razon y una voluntad artificiales; la concordia, es la salud; la sedición es la enfermedad; la guerra civil, es la muerte. Por último, los pac-

tos y convenios, porque han sido formadas en un principio las partes de este cuerpo político, reunidos, se parecen á aquel fiat ó á esta palabra : *Que el hombre sea hecho*, pronunciada por Dios en la creación.

« Para describir la naturaleza de este hombre artificial, considerará :

1º La materia de que está hecho, y el artífice; esto es, el hombre que es uno y otro;

2º Cómo y mediante qué convenio ha sido hecho; cuáles son los derechos y los justos poderes de la autoridad de un soberano;

3º Lo qué es una republica cristiana;

4º Y últimamente, lo qué es el reino de las tinieblas.

« Sobre el primer punto, hay un proverbio vulgar del que se abusa hace tiempo, que viene á decir que la sabiduría se adquiere leyendo, no los libros, sino los hombres. Asi sucede que queriendo aplicar estas palabras hay personas que no pudiendo dar otra prueba de su sabiduría experimentan un placer excesivo en ostar lo que creen haber leído en los hombres criticando poco caritativamente al prójimo por detrás. Pero hay otra palabra que se empieza á comprender, y es que se puede aprender mucho mas, siguiendo la antigua máxima : « Conócete á tí mismo, etc. »

Esta obra estraordinaria fué una causa de disgustos para su autor.

« Hobbes, dice el Diccionario de ciencias filosóficas, publicó en Francia en 1654 su *Leviatan*, título que no significa, como se ha supuesto, un animal terrible y monstruoso, digno símbolo de la sociedad humana en el sentido del sistema de Hobbes, sino únicamente una obra de arte (*opificium artis*), donde la ciudad, por artificial que sea, es infinitamente superior en masa y en vigor al hombre natural. El *Leviatan* disgustó á los teólogos, porque les pareció perjudicial á la religion, y á los realistas que le favorecieron favorable á la usurpacion de Cromwell. Habiendose vuelto sospechoso á su partido bajo este doble título, Hobbes se marchó de París (1653) donde habitaba desde 1640, volvió á Inglaterra sin afiliarse en ningun partido, y se encerró y vivió en la sociedad de los sabios y particularmente de Harvey, que aun le legó á su muerte una corta suma de dinero. »

Hobbes nació en Malmesbury, aldea del condado de Wilt en 1588, el año en que la armada española dirigida contra la Inglaterra fué dispersada por una borrasca. Enfermo en su infancia, Hobbes se fortificó con la edad, gracias á su temperamento y á la regularidad de sus costumbres, y vivió hasta la edad de noventa y un años. Su padre, que era ministro del evangelio, le enseñó cuando era niño las lenguas antiguas. A ocho años Hobbes tradujo en versos latinos la *Medea* de Eurípides; á diez y nueve, salió de la universidad de Oxford, donde había estudiado con aprovechamiento para entrar de ayo en casa del conde de Devonshire, Guillermo de Cavendish. Despues acompañado á su discípulo á Francia y á Italia, donde hizo otro viaje posteriormente con el hijo de Gervasio Clifton. Su primera publicacion fué una traduccion de Tucídides. En 1642 imprimió su libro titulado : *del Ciudadano*; en 1650, el *Tratado de la naturaleza humana*; en 1654, el *Leviatan*; en 1656, la *Logica* y el *De corpore* (del cuerpo); y en 1658, el *De homine* (del hombre).

Sus repetidos y fuertes escritos en favor de los realistas contra las doctrinas liberales, le obligaron á desterrarse de Inglaterra. Entonces vino á Francia habitando en París por espacio de cuatro años, donde dió lecciones de filosofía y

de matemáticas al príncipe de Gales que se hallaba á la sazón en esta ciudad. En la época de la restauracion se volvió á Londres, y publicó sus obras completas en 1668. Los debates que suscitaron en torno suyo sus principios filosóficos llegaron á hacerle insoportable la residencia en Londres. En 1674 se retiró al campo, donde compuso su biografía en verso latino, y donde murió en 1679.

Hobbes se halla clasificado entre los filósofos materialistas. He aquí lo que dice Tenneman acerca de él, en su *Manual de la historia de la filosofía*:

« En Inglaterra fué donde mas se resintió la filosofía de la influencia de Bacon. Su amigo Tomas Hobbes entró en sus miras, continuó sus ideas con mas vigor y consecuencia, y formó una doctrina materialista. A semejanza de Bacon, Hobbes adquirió en el estudio de la literatura clásica una profunda antipatía por la escolástica; sus viajes, sus relaciones con su ilustre compatriota, con Gassendi y con Galileo le hicieron pensar por sí mismo. Pero su filosofía se dirigió únicamente á un objeto práctico. Considerando la monarquía como la única garantía del reposo público, tomó



Estampa del siglo XVII.—El Leviatan de Hobbes.—Dibujo copiado de ABRAHAM BOSSE.

con la pluma en la mano una parte activa en la lucha de los republicanos y realistas. Murió en 1679 despues de haber publicado diferentes tratados filosóficos y matemáticos, que habian causado á veces mucho escándalo á causa de sus frecuentes paradojas y del ateísmo que se les suponía.»

Es muy verosímil que el mismo Hobbes fué quien concibió á idea y la composición general de la estampa simbólica que sirve de frontispicio á su *Leviatan*. De todos los artistas de París que habia entonces, ninguno mas capaz que Abraham Bosse para representar en un gracioso dibujo esta concepcion extraordinaria. Aunque á la verdad no se halla ningun letrado en la estampa que indique la colaboracion de este hábil dibujante, parece que no hay motivo ninguno para dudarlo. M. de Marolles ha colocado este frontispicio en las obras de Bosse que posee el gabinete de estampas, y Ma-

riette en su *Tabla manuscrita de las obras de Abraham Bosse* le describe en términos muy propios para que se conozca, aunque prueban al mismo tiempo que el sabio coleccionista no habia comprendido, y acaso no habia leído, el libro de Hobbes.

He aquí las líneas de ese precioso manuscrito que tienen relacion con nuestro asunto:

« En esta figura misteriosa que sale del seno de la tierra con una espada en una mano y en la otra un báculo pastoral, simbolo de su poderío, se ve representado el poder espiritual y temporal reunido en la persona de los reyes. La figura sirve de frontispicio á la famosa obra de Tomás Hobbes, intitulada *Leviatan*, en la que el filósofo inglés, queriendo establecer reglas de política, da á los reyes una autoridad absoluta en materia de Estado y de religion.»

LOS DOS SUEÑOS.



Composicion y dibujo de G. STAAK.

El desgraciado se ha dormido en ayunas recostado á los piés del miserable lecho en donde reposan su mujer y su hijo, y las terribles inspiraciones de sus infortunios le sugieren espantosos sueños.

Figúrasele que atraviesa un camino estrecho y sombrío por medio de un bosque, y que le sale al encuentro un hombre á caballo, vestido de terciopelo y de seda; lleva un bolsillo atestado de monedas de oro, y su mano desarmada juega con un guante de cuero de Córdoba.

El hambriento reconoce en él á uno de esos señores corrompidos cuya juventud se consume en vergonzosos desórdenes, y se pregunta de qué puede servir una vida semejante? A quién es necesario tal hombre? Ese oro, inútil ó peligroso entre sus manos, bastaria para hacer dichosa á una familia entera!

Al concebir este execrable pensamiento, el miserable aprieta convulsivamente el garrote que lleva en la mano, y se adelanta hácia el jóven con ojos encendidos.

Durante este tiempo, la pobre madre medio aletargada,

estrechando á su niño entre sus brazos, sueña tambien que está viendo una mujer con ojos carifiosos y dulce sonrisa que se halla de pié junto á su cama, señalándola con la mano una mesa lleno de todo aquello de que carece la familia indigente. Vestidos de abrigo, provisiones de invierno, vino generoso para regocijar el desalentado corazón del marido; frutas que se escapan del ancho canastillo, juguetes de niño, libros llenos de santos consejos para las largas veladas... La madre fuera de sí no puede creer en aquella felicidad, y estrecha mas y mas á su hijo contra su corazón.

¿Cuál de estos dos sueños se realizará?

Ay! Preguntádselo á la caridad; ella decidirá entre ambos, ella abrirá esa pobre morada al crimen ó á la gratitud. Venga pues, para el bien de todos; porque solo ella puede consolar á los miserables y calmar á los desesperados; que esté vigilante día y noche, porque el hambre que maldice de día, por la noche se pierde y sueña en el crmen.

SAMUEL CRISP

LA VOCACION ERRADA.

ANÉCDOTA HISTÓRICO-LITERARIA DEL SIGLO PASADO.

No muy adelantado el siglo XVIII de la era cristiana, hizo lo que se llama su entrada en el mundo Samuel Crisp, caballero inglés de noble nacimiento, buena educación, rostro y figura notablemente agraciados, modales finísimos y caudal mediano; relacionado con la mas culta parte de la sociedad de Londres, muy versado en los libros, elocuente hablando, y en fin, persona de gusto exquisito en literatura, música, pintura, arquitectura y escultura. Nada de lo que el mundo puede proporcionar le faltaba para ser feliz y respetado, á excepción de una circunstancia: la de conocer los límites de sus facultades, para no despreciar honras que estaban á su alcance por correr en pos de triunfos para él inaccesibles.

« Es una verdad incontestable, dice Swift, que ningún hombre que conozca bien la índole y alcance de su ingenio se pondrá jamás en ridículo; así como nunca hará buen papel cualquiera que en ese punto se engañe á sí mismo. » No hay, en efecto, día que no nos suministre algun hecho en prueba de la profunda máxima citada; pero entre cuantas anécdotas recordamos, ninguna mas al caso que la historia de Samuel Crisp. Los hombres de su especie tienen señalado é importante puesto en la república de las letras: el de jueces, cuyos fallos determinan el lugar relativo que á cada autor corresponde en ella. Ni de la multitud, ni de los pocos humanos dotados de un destello del genio creador, han de esperarse fallos criticos profundos é imparciales: el vulgo, por una parte, no conoce, generalmente hablando, los buenos modelos, y por otra parte se deja llevar por cuanto le aturde ó le deslumbrá; y á los hombres dotados de grande y original ingenio, á los hombres que han llegado á dominar una cualquiera de las altas regiones del arte, de ningun modo debe tomárselos ciegamente por jueces de lo que otros hacen.

Innumerables son los equivocados juicios de hombres tales, y comunmente se dice que la envidia los hace injustos; pero fácil es dar mas noble y probable explicacion de este fenómeno. La excelencia misma de una obra demuestran ciertas facultades intelectuales de su autor se desarrollaron extraordinariamente á expensas de las demas, porque no le es dado al entendimiento humano estenderse mucho en todas direcciones simultáneamente, y ser al mismo tiempo gigantesco y bien proporcionado. El que llega á ser eminente en un arte ó en una manera ó estilo especial del mismo, lo consigue por lo comun dedicándose con intenso y esclusivo entusiasmo á lograr una cualquiera de sus mas excelentes dotes, y en consecuencia las mas veces llega á embotarse en él la facultad de percibir las restantes recomendables prendas de las obras del arte que ejerce. Así, pues, fuera de lo que á su estilo especial atane, alaba ó vitupera á ciegos y debe dársele mucho menos crédito que al mero inteligente aficionado que nada produce, y cuyo oficio se reduce á gozar y juzgar. Un pintor que se distingue por la prolijidad esquisita con que acaba sus obras, invierte días y días en representar las venas de una hoja, los pliegues de un velo de en-

caje, las arrugas del rostro de una vieja, aproximándolas cuanto puede á la perfeccion: y en el tiempo que él emplea en pintar un pie cuadrado del lienzo, otro artista de diversa escuela cubre las paredes de un palacio de dioses abrumando á los gigantes con la ponderosa mole de descuajados montes; ó da vida á la cúpula de una iglesia con multitud de mártires y serafines. Pues cuanto mas elevado el mérito de cada uno de ellos en su respectiva línea, tanto menos probable será que se aprecien reciprocamente en su justo valor.

Otro tanto acontece en literatura: millares de personas que no tienen un solo destello del genio que animaba á Dryden y á Wordsworth, hacen al primero la justicia que nunca pudo obtener él del segundo, y aprecian á este como tememos que nunca lo hubiera apreciado aquel. Gray, Johnson, Richardson, Fielding, gozan de la mas alta estimación entre la mayor parte de las personas de claro entendimiento y selecta instrucción, y sin embargo, ni Gray hallaba mérito en el *Rasselas* de Johnson, ni este en el *Bardo* de Gray; Fielding miraba á Richardson como un solemne majadero; y Richardson habla siempre con disgusto y desprecio de la hajeza del estilo de Fielding.

Samuel Crisp nació, al menos tal nos parece, mejor organizado que la mayor parte de los hombres para el utilísimo cargo de critico inteligente. Su talento y saber le hacian á propósito para apreciar justamente todas las diversas especies de capacidades intelectuales que se conocen. Como consejero tenia un valor inestimable: mas diremos, hubiera podido ocupar respetable lugar en la falange de los escritores, limitándose á cualquiera de los ramos de la literatura que solo exigen juicio, buen gusto é instrucción.

Desdichadamente, cifrando su ventura en ser gran poeta, escribió una tragedia en cinco actos sobre la muerte de Virginia y la puso en manos del celeberrimo actor Garrick, que era su amigo. Leyó Garrick el manuscrito, y meneando la cabeza, manifestó dudarse de que fuera prudente para Crisp confiar su alta y merecida reputacion al éxito incierto de aquel drama. Pero nuestro autor, á quien cegaba el amor propio, puso en movimiento tal máquina, que á nadie le fuera posible resistirle por largo tiempo. Sirviéronle, en efecto, de interesados, los hombres mas elocuentes, y las mujeres mas amables de su época: obtuvo de Pitt (el ministro) que leyera su tragedia y la declarase excelente; lady Coventry, cuyas manos pudieran servir de modelos á un escultor, obligó al mal dispuesto empresario del teatro á que recibiese el manuscrito; y finalmente *Virginia* se representó el año de 1754.

Nada de cuanto pudo hacer la celosa habilidad de los amigos dejó de ponerse en práctica: Garrick escribió el prólogo y el epílogo; los palcos estaban tomados por los parciales del autor; y merced á tantos y tan eficaces manejos, alargóse la vida de la tragedia hasta diez noches consecutivas. Mas á la verdad, aun cuando nadie prorrumpió en descomasados clamores contra aquel drama, la opinion pública juzgó unánime que el autor no había logrado su intento. Imprimióse *Virginia*, y el disgusto del público fué todavía mayor en la lectura que en la representacion; los criticos, y singularmente los de las Revistas mensuales, censuraron los caracteres y la diction sin misericordia; y pero tambien, mucho lo tememos, con harta justicia. No hemos podido hasta ahora proporcionaros ejemplar alguno del desventurado drama, pero á juzgar por los fragmentos insertos en el *Monthly magazine* (almacen mensual) y que al parecer, no fueron elegidos con dañado intento, diremos que sola la declamacion de

Garrick y la parcialidad del auditorio, pudieron salvar á tan delirante e inverosímil drama de caer en el acto de representarse ante el público.

Sin embargo, la ambicion del poeta no se dió por vencida; y apénas llegó la temporada del campo, dedicóse con aplicacion suma á corregir los defectos de su obra, no sospechando, al parecer, lo que nosotros sospechamos, esto es que la pieza era toda ella un defecto, y que las escenas que pasaban por buenas relativamente, eran en realidad explosiones de la extravagancia en que caen los autores cuando se empeñan en ser sublimes y patéticos á despecho de la naturaleza. Habiendo, pues, corregido, y añadido á placer, lisonjéase con la esperanza de obtener un éxito completo al año siguiente: pero legado este, Garrick se negó á poner en escena la referida tragedia. En vano fué suplicarle; lady Coventry, abrumada con el peso de una enfermedad que parece escoger siempre sus víctimas entre las mas hermosas y amables, no pudo tomar parte en el negocio; y el empresario, en fin, espresó en términos cortemente evasivos su irrevocable resolucion.

Crisp había cometido un error gravísimo, y leve fué el castigo que el público le impuso; porque su tragedia, en realidad no fué silbada en el teatro; antes por el contrario recibía con mas indulgencia que otras piezas mucho mejores, como por ejemplo, la *Irre de Johnson*, y el *Hombre bendito* (*the Good natured man*) de Goldsmith. Mas prudente, hubiérase Samuel Crisp dado por satisfecho con adquirir el difícil conocimiento de sí propio á tan poca costa; y si por el contrario fuera de la especie de los zotes estúpidos y sin vergüenza, continuara escribiendo malas tragedias, á pesar de la critica, y desafiando los silbidos. Mas en vez de abandonar sin pesar la vana esperanza del laurel poético, y de aprovechar los numerosos manantiales de felicidad que aun le restaban, ó de obstinarse en su mal propósito de escribir tragedias; renunció, sí, á componerlas, pero afirmóse en la fatal ilusión de que era un gran poeta dramático, atribuyendo su caída á todas las causas posibles, excepto á la verdadera. Quejábbase de la mala voluntad de Garrick, quien, lejos de merecer tal acusacion, hizo cuanto el celo y el talento podian hacer, y á cuyos personales intereses convenia que el éxito de *Virginia* igualara al de las mas célebres composiciones de su tiempo. Hasta á sus amigos acusó Crisp de flojedad en servirle, como si á su parcialidad no debiera tres noches de representacion y ganancia á que ningun derecho tenia; lastimábase de la injusticia del público, cuando hubiera debido agradecerle su insolita tolerancia. En último resultado, de tal manera varió su carácter, que tornándose cinico y misántropo, de Londres se fué á Hampton, y de Hampton á una casa, largo tiempo hacía deshabitada, y cuya posicion era en una de las mas selváticas de las desiertas regiones del condado (provincia) de Surrey. Ningun camino, ni siquiera una vereda de cabras, enlazaba aquel soflarío albergue con las moradas de los hombres; y los antiguos amigos de Crisp ignoraban que allí se hubiese retirado. Algunas veces, siempre en la primavera, solía vérselo en Londres en las exposiciones de pinturas y en los conciertos: pero á poco volvía á desaparecer, confinándose en su ermita donde no tenia mas sociedad que la de sus libros. Treinta años sobrevivió á su ruina: alzose en torno de él una nueva generacion y borrose completamente de la memoria de los contemporáneos la memoria de sus malos versos; pero el desdichado la conservaba íntegra, lastimándose continuamente de la injusticia del empresario y del patio, y procurando convencerse á sí mismo y á los demas de que se veía

privado de las mas altas honras literarias, solo por haber suprimido algunos de los mejores pasos de su obra, conformándose con el fallo de Garrick. ¡Pobre naturaleza humanas! ¡Las heridas del amor propio duelen y sangran mucho mas tiempo que las del corazon!

Infinitas personas que perdieron en el año de 1754 sus hermanas, sus esposas ó sus hijos, lo habian olvidado, ó por lo menos no lloraban amargamente tales desgracias en 1682; y en la misma época Samuel Crisp deploraba tan amargamente el mal éxito de su tragedia, como Raquel la muerte de su amado hijo. « Nunca (tales eran sus palabras) 28 años despues de la catástrofe de Virginia nunca altereis en vuestras obras ni una coma, á menos que la alteracion coincida plenamente con vuestra íntima conviccion. » Tengo derecho á decirlo así comprado muy á costa de mi tranquilidad; pero dejémoslo estar! »

Poco tiempo despues de haber escrito las líneas que preceden, su vida que hubiera podido ser muy útil y muy feliz, terminó tan oscuramente como habia corrido durante algo mas de la cuarta parte de un siglo.

Una circunstancia notable nos resta que referir. Samuel Crisp en su voluntario destierro, solo conservó relaciones directas con una señorita, célebre entre los mas célebres autores de novelas de su época, Francisca Burney, despues de *Madama d'Arbly*, á cuya pluma se deben *Evelina*, *Cecilia* y algun otro libro de menos importancia.

Había conocido Crisp en la infancia, amábala con paternal cariño, y seguía con ella correspondencia tirada, dándole en cambio de las dramáticas descripciones que ella le hacia de la sociedad de Londres, excelentes consejos literarios, porque ya lo hemos dicho, Crisp era un critico excelente.

Sucedió pues, que á los principios de su carrera literaria, estendiendo la aventajada escritora á las súplicas de sus amigos mas bien que de su propia inspiracion, cometi6 la flaqueza de escribir una comedia tan mala como buenas eran sus novelas, que no es poco decir, y como de costumbre, la consultó con su hipocóndriaco amigo.

Crisp entonces, con una recitida de juicio que le hubiera estado bien aplicarse á sí mismo, y con una franqueza difícil de tener y que pocos tienen en efecto, respondió categóricamente: Que la pieza era mala é inútil discutir sus defectos, pues aunque no carecia de ingenio, sí de interés, y sin él no hay drama bueno.

¿Qué pensais Crisp de la modesta y filosófica respuesta de Francisca Burney? ¿Callaría su coincidencia al leer las siguientes notables palabras de la contestacion que dió aquella célebre mujer á su censura?

« Trato de consolarme, decía, de lo amargo de vuestra censura, considerando que en ella me habeis dado la mayor prueba de sinceridad, de candor, y mas dire, de estimacion, que hasta ahora he recibido de mi muy querido amigo. Y como en realidad me quiero mucho mas á mí misma que á mi comedia, el consuelo no es de poca monta. Ya veis que no trato de responder á la franqueza con que me escribis, aparentando indiferencia: pero aunque por el momento estoy como desconcertada, tengo hecho propósito de que no me dure la pena mas allá del día...etc. »

Lo que decía y lo que hizo la flaca mujer ¿por que no habia de haberlo hecho y pensado el hombre, dotado por la naturaleza de mayores fuerzas y que tantas compensaciones pudo, por el contrario, procurarse de una sola obra?

Samuel Crisp sacrificó la realidad á un sueño, desconoció su vocacion, trocó las sendas, y en vez de quejarse de sí

mismo, se quejaba de una sociedad, indulgente hasta el exceso con sus flaquezas.

La historia de su vida es, con corta diferencia, la de otros muchos, una copia prosáica de la fabula mitológica de Faeton, y sacámosla del olvido en que yacía, por parecernos que es á un tiempo jocosa, melancólica é instructiva.



El raton y el Elefante.

en él, y aquellos que son únicamente espectadores. Lo primero que hay que notar es la habilidad con que el pintor nos pone á la vista la enorme diferencia que existe entre las dimensiones del raton y del elefante. Si hubiera colocado el uno á los pies del otro, se habria hallado sin duda una gran distancia entre el enano y el coloso, pero no por eso habria dejado de existir la comparacion, y esto es lo que ha quedado y sabido evitar, por un medio bien sencillo, colocando un gato entre el raton y el elefante y dándole un pelo blanco. de este modo, el gato atrae fuertemente la mirada, y se es-

JUAN BAUTISTA OUDRY.

Conocida es la fabula de Lafontaine en que un raton burlándose de un elefante por creerse su igual, se ve cortado en su orgullosa declamacion contra el gigantesco animal por las aceradas uñas de un gato con quien no habia contado. Esta fabula, pues, explica nuestra composicion, con el pequeño drama que representa, los personajes que trabajan

á los cuidados de Largilliere, celebre retratista del siglo XVII. Así, pues, el discípulo debió en un principio darse á los retratos. Un día que estaba haciendo el de un cazador con su perro, pintó el animal de tal modo que Largilliere cuando lo vió, le dijo riéndose: « Nunca serás mas que un pintor de perros, » idea exacta que se realizó en un todo.

Però no es esta la sola anecdota que se sabe sobre las buenas pinturas de este género que hizo el artista y que le decidieron á seguir su vocacion. Se cuenta que habiendo pintado una Adoracion de los pastores para una parroquia de Paris, hizo un cordero tan maravilloso que tanto sus amigos como sus compañeros, le dijeron unanimemente: « Debes consagrarte enteramente á la pintura de los animales. »

J. J. ARNOUX.

UN CEMENTERIO EN LA ORILLA DEL MAR.

(Vease la página 274).

Conservaba convulsivamente entre las manos la cuerda que se le habia arrojado, demasiado débil ¡ay! para amarrarla á su cintura.

En el mismo instante fué precipitado el navio contra las rocas con un ruido terrible, y balanceándose hácia atrás, volvió á caer medio sepultado en el abismo; despues, por un impulso último, fué rechazado hácia adelante; el palo mayor cayó con estruendo, y el casco pareció abrirse todo entero. Entonces se vió la sombría popa del bujel elevarse otra vez mas por encima de las olas, y despues desaparecer en la profundidad del mar, no dejando mas que pedazos informes y restos flotantes impulsados por las violentas olas sobre esta ribera inhospitalaria.

Al amanecer del día siguiente habia caído el viento, y á las primeras luces del día salieron del puerto numerosos barcos para buscar y recoger algun objeto arrojado por las aguas. Jorge fué uno de los primeros que salieron; la fisonomia del anciano que habia visto la vispera permaneció grabada en su pensamiento. Toda la noche habia estado soñando con él, y mientras que los otros marineros estaban ocupados en buscar algun botin, él no pudo prescindir de arrojar sus miradas á lo lejos, tratando de percibir algun palo flotante. Aunque el viento habia calmado, la mar continuaba agitada, y era peligroso aproximarse á las olas. Los otros barcos se habian quedado recojiendo lo que podian salvar del naufragio. Solo Jorge buscaba todavía el palo, y bien pronto lo diviso en fin, pero á una distancia considerable. Al momento hizo vela hácia él, y se aseguró de que no se engañaba. En efecto, sus compañeros vieron, como él, no solamente una cuerda que rodeaba una de las estremidades del palo, sino tambien un brazo que parecia estrecharle en su supremo esfuerzo. Jolliffe dió arriba su barco en esta direccion, y en dos golpes de remo se encontró cerca del fluctuante pedazo de madera. Despues de muchos trabajos causados por la agitacion del mar, consiguió sujetar un lazo á la muñeca del abogado, y de un hachazo cortó la cuerda con que estaba amarrado al palo. Entonces bizarro al barco el cuerpo de aquel que la noche precedente habia implorado en vano socorro durante la tempestad. Cuando le vieron estendido sobre la cubierta, se admiraron de su estatura y de la dignidad de su persona. No era un hombre de pequeña estatura como se le habia figurado desde lo alto de las rocas; tenia al contrario cerca de seis pies, y parecia de una fuerza

notable: aunque representaba por lo ménos setenta años, tenia una nobleza en el semblante y una espresion tan viva de inteligencia que les causaba admiracion.

— « Este era un verdadero caballero, dijo Jorge: algun sentimiento causará su pérdida. »

Hablando de este modo, reparó que el anciano llevaba en los dedos algunas sortijas adornadas de pedrerías, y se las quitó cuidadosamente diciendo á sus hombres: « Ved bien cuantas son; » y se las metió en el bolsillo. Vió en seguida que tenia un saco de cuero sujeto al cuerpo con un fuerte cinturon, y desatándolo, encontró dentro un grueso paquete envuelto en hule y sellado, con un papel doblado con el mayor esmero, y que estando mojado, le costó trabajo abrir. Este papel contenia el sobre de una gran casa de comercio en Hull.

— Estas cosas, dijo Jorge, las entregaré yo en persona á los negociantes.

— ¿ Y nuestra parte? exclamaron sus compañeros.

— Esto no pertenece á vosotros ni á mí, dijo Jorge; si nos resulta algun beneficio por haber llenado un deber, participareis de él. En cuanto á estos objetos, los defenderé á costa de mi vida si es necesario. Y ahora veamos si hay alguna otra cosa que llevar.

Los hombres que á las primeras palabras habian manifestado su disgusto, volvieron con alegría al oír el fin, y comenzaron de nuevo sus indagaciones. Amarraron á remolque el palo, y al cabo de algunas horas se hallaron en posesion de un considerable botin. Jolliffe les dijo que para prevenir toda intervencion de la policia ó del capitán del puerto en los negocios del anciano, tenia intencion de desembarcar cerca de Filey, hácia donde era necesario dirigir la barca. Colocó el saco bajo su vestido embreado, y desembarcó en una parte de la habia desde donde podia alcanzar el camino de Hull sin ser observado. Felizmente encontró la diligencia, y aquella misma tarde llegó á Hull. Al día siguiente por la mañana fué á la casa de comercio indicada en el papel hallado en el saco del abogado, é informó á los jefes de lo que habia sucedido. Así que dió las señas del muerto, y les enseñó el saco con los papeles que contenia, los negociantes parecieron heridos de un mudo terror, mirándose mutuamente, y uno de ellos exclamó en fin: « Gran Dios! Era indudablemente M. Anckersvord! » Abrieron el papel, conferenciaron algun tiempo y dirigiéndose á Jolliffe le dijeron: « Os habeis conducido como hombre honrado, y podemos asegurarnos que seréis recompensado por vuestra noble conducta. Estos papeles son para nosotros muy preciosos, porque, os lo diremos francamente, son la salvaguardia de importantes intereses. Ah! Este es un acontecimiento bien triste! Uno de nosotros va á acompañaros para cumplir los últimos deberes con nuestro anciano y respetable amigo y asociado. Aquí tenéis por lo pronto diez libras para vos, y otras tantas para repartir á vuestros compañeros. »

Jorge les suplicó que le diesen un recibo firmado del paquete y de las sortijas que acababa de entregarles, y lo obtuvo sin dificultad alguna. Para abreviar, diremos que los restos del abogado fueron sepultados en la antigua iglesia de Scarborough, y que un gran número de personas de las mas notables de Hull asistieron á los funerales.

El invierno que siguió á estos acontecimientos fué muy malo. Antes de tocar á su término, Jorge Jolliffe habia naufragado. La bella Susana se perdió durante una espesa niebla sobre las rocas de Filey; su hermano se ahogó, y él mismo se salvó con gran trabajo con uno solo de sus hombres.

Su mujer, herida por esta desgracia espantosa, había partido antes de tiempo, y minada por la inquietud y sentimiento, permanecía siempre enferma. Jorge no poseía ya nada, y se había ajustado á bordo de otro navío sufriendo los rigores del invierno y las fatigas de la vida de marino, por la simple parte que le toca a cada semana. Un domingo del mes de abril, que por la primera vez salió Susana apoyada en el brazo de su marido, para pasear en la montaña del castillo, cuando volvían á su pequeña casa, la desgraciada mujer, pálida, fatigada por su enfermedad, y llevando detrás á sus dos hijos, al llegar cerca de su puerta vió á un extranjero jóven y de buena presencia, que estaba en conversación con M. Bright su vecino.

— El es, — dijo M. Bright al verlo; hé aquí monsieur Jolliffe.

El extranjero se quitó el sombrero, hizo un gran saludo á M. Jolliffe, y manifestando una viva emoción dijo á Jorge: — Yo me llamo Ankersvord.

— ¡Ah! — exclamó Jorge, porque todo lo que el desconocido iba á decirle se le presentó al mismo tiempo á la imaginación.

— Yo soy, — dijo el extranjero, — hijo de aquel que después del naufragio del *Danemarck*, fué recogido, por vuestros cuidados; y quisiera hablaros un momento.

Jorge permaneció un instante confuso; pero su mujer se apresuró á abrir la puerta, é invitó á M. Ankersvord á que entrase.

— ¿Sois inglés? — preguntó Jorge al jóven cuando se hubo sentado.

— No, — respondió este, — soy dinamarqués. Pero he sido educado en Hull, y considero á la Inglaterra como mi segunda patria, patria de que me enorgullecería por los hombres como por vos, M. Jolliffe, aun cuando no tuviese otras razones.

Jorge se ruborizó; los ojos de miss Jolliffe centellearon de placer y de vanidad, y no se tomó el trabajo de ocultarlo; despues de una corta conversación, el extranjero estuvo bien pronto al corriente de las desgracias ocurridas á esta pobre familia desde que Jorge había salvado tan noblemente los restos de su padre, y preservado sus bienes.

— La Providencia, — dijo M. Ankersvord, — ha querido que nuestro reconocimiento tenga su entero efecto. Yo me hallaba detenido por el invierno en Arcangel cuando recibí estas tristes noticias, sin lo cual hubiera estado aquí mas pronto. Pero héme aquí; y en nombre de mi madre, de mi hermano, de mi hermano, de mi mujer, de mis asociados, en fin, os suplico M. Jolliffe, que aceptéis el mejor barco de pesca que haya actualmente de venta en el puerto de Hull; y si no se puede encontrar uno de primera clase, se hará construir. Os pido también que recibais cien libras como un pequeño capital, para garantizaros de los desastres que son tan comunes en vuestra profesión; si llegase semejante día, que este testimonio de nuestra estimación, de nuestra gratitud, os recuerde que no hemos hecho por vos todo lo que queremos: recurrid entonces á nosotros y no recurriréis en vano.

Es inútil decir la felicitad que hizo nacer en la pequeña casa M. Ankersvord, y la que el mismo llevó en el fondo del corazón, despues de haber cumplido este deber. Miss Jolliffe recibió prontamente la salud y la fuerza, y Jorge pudo bien pronto contemplar con orgullo una *Bella Susana* desplegando sus velas sobre las olas.

Hemos tenido la curiosidad dias pasados de informarnos si había todavía una *Bella Susana* entre los barcos pescador-

res del puerto de Scarborough. No hemos podido descubrir la allí; pero se nos dijo que un alegre anciano de unos cincuenta años, el capitán Jolliffe, era comandante del bello buque mercante el *Holger-Donsque*, que hacia viajes regulares entre Copenhague y Hull, y que su hijo, jóven de porvenir, era el dependiente de confianza de la casa David-son Ankersvord y compañía, á la cual pertenecía el *Holger-Donsque*. Esto era bastante; y todo lo habíamos comprendido, y sentimos una verdadera satisfacción al pensar que la noble conducta del pescador había encontrado unos corazones dignos de comprenderla.

C. DICKENS.—*Household Words*.

LA CAZA DE COCODRILOS.

Hé aquí un extracto de una curiosa relacion que sobre la caza del Cocodrilo se ha publicado recientemente:

« Durante el estio de 1846, me hallaba yo establecido en las orillas del Rohan, pequeño río de una provincia situada al noroeste de la India, y allí fué donde vi por la primera vez el *mugger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estación de las lluvias. Mi vecino Mister Hall, me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce* groom con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce* el tipo perfecto del corredor, nervioso, fuerte aunque de baja estatura, tenia los miembros delgados, fuerte aunque de acero, y cuando al uso de Oriente trotaba al lado de un caballo corría á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraría al mas robusto espolista inglés.

Apénas se había puesto el sol, llegó M. Hall chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le había ocurrido algun incidente desagradable, y como no me pareciese serio, lo tomé á risa y le di larga broma por el bautismo que acababa de administrarse.

— No hay motivo para reirse, dijo M. Hall, habeis perdido vuestro *syce*.

— Se ha ahogado?

— No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narración.

Llegados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo) que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un extremo de la cuerda que el *syce*, como la mayor parte de los indios, llevan arrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su país; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veía adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando subitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall, que había dado dos vueltas á la cuerda al derredor de su mano, se sintió atraído hácia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, con dientes como una sierra, que sacudía el agua á pocos pasos de él. Entonces haciendo un esfuerzo supremo para evitar el peligro, soltó la cuerda y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo, esta vez como se trataba de la muerte de un hombre, despues de su narración quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shirouts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin poseídos del mismo pensamiento abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discuti-

mos muchos proyectos, ninguno ofrecía probabilidades de éxito. Al *siguiente* despues del desayuno, mostraba yo á mi huésped un aparato galvánico de explosión, que últimamente me había llegado de Inglaterra, y debía servir para hacer saltar los troncos de los arboles (*snags*) que impiden la navegación de los ríos: estaba explicándole la teoría de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió exclamando:

— Esto es! precisamente es esto!... En vez de hacer saltar los troncos de los arboles, haced saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

NaJa en efecto se oponía á *minar* los cocodrilos, nada mas que la posibilidad de disponer la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creimos posible el nuevo proyecto. Ya hacia tiempo que había hecho saltar así muchos troncos de arboles, y había observado tambien que la comocion de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta pies. Concluí de aquí, que aun colocados á larga distancia del *mugger* podríamos por medio de una descarga, sino hacerle pedazos, herirle al ménos con una fuerte sacudida, con tanto mas motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua destroza los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiéciese la explosión en tierra.

Terminados los preparativos entramos en un barco de Hall, mi hermano y yo, llevando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohan, donde aboradamos por un momento mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre comovimos un cuerno que contenía seis libras de pólvora, provisto de hilos conductores que nimos al derredor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cebo así minado. Estas cuerdas tenían unos 90 pies de largo, y á sus extremos llevaban atadas unas pieles llenas de viento semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de estas pieles debajo del brazo y la cuerda arrollada en la mano, al tiempo que mi hermano armado del mismo modo marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos tambien al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarnos las posiciones.

Preparada así la *artillería* empezamos á subir la *nulla* remolcando el cebo contra la corriente y cuidando de pasearlo á derecha é izquierda, con lo cual teníamos probabilidades de comunicarnos con el cocodrilo. En efecto, apénas habíamos andado un cuarto de milla cuando el indicador se sumergió rápidamente: Hall y mi hermano saltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cable atado á estas; las pieles se agitaban, prueba de que el cocodrilo se había tragado el cebo.

En medio de un gran oleaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguía con toda la rapidez que permitian mis piernas; pero como perdía tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente el voraz anzilbo se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recoger el cable sin sacar todavía la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situación para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inspeccionable inquietud, porque si el *mugger* continuaba su carrera tendria precision de seguirle, corriendo el riesgo de verle destrozar los hilos conductores. Por fin ói aproximarse á los *coolies*; pero ¡qué

contratiempo! uno de ellos al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina que perdió una parte del ácido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis pies, y teniendo venturosamente ácido de reserva vaciamos en la batería una botella entera con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al extremo de los hilos conductores arrancó al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha el cocodrilo no se movió, pues parecia que se había decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me vi en posesion de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería y yo tuve el otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo reposaba tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazos de agua sobre la cabeza, exento de sospechas y bien léjos de imaginar que acababa de traer un brulote, cuya explosión iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo arrancado de una máquina infernal por dos bípodos que no habían encontrado medio mas seguro de comunicarse con él que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caído alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso y despues de todo eso una espesa columna de humo. Chocábase las olas, estremeiase la ribera y en la superficie del agua se estendió una mancha roja que se asemejaba á un caño de escarlata. El *mugger* destrozado fué arrebatado por la corriente y bien pronto le perdimos de vista.

BRETAÑA Y VENDÉ.

Cuántas cosas en dos palabras! cuántos desastres recuerdan, cuánto valor, cuánta paciencia y cuánto heroísmo! Y sobre todo cuántos y cuán variados dramas! La guerra de los chuñanes y la de los vendeanos no se parece á ninguna otra: fué á la vez una lucha de salvajes y una lucha de gigantes! Combates heroicos en la mitad del día, emboscadas nocturnas, sitios de ciudades, sorpresas de casas aisladas, todo se encuentra en sus anales. A cada instante la narración pasa del boletín á la crónica, del poema épico á la balada. Al lado de un episodio digno de Homero, se halla otro que parece de Cooper. Aquí la historia toma sucesivamente todos los tonos y todos los colores: de las mas altas consideraciones desciende á las anecdotas, de las revelaciones de razas á las pinturas de caracteres. En vano se multiplican las escenas, las combinaciones, los pormenores; el argumento es siempre inagotable. Y esto consiste en que jamas hubo guerra ninguna que estuviese mas en la índole de los combatientes. Por ambos lados había el mismo ardor; no eran soldados que luchaban con banderas diferentes, sino hombres que defendían principios y gustos opuestos.

La narración de esos grandes acontecimientos completa la hermosa obra de M. Piere Chevalier, la *Bretaña antigua y moderna*. El autor no se ha contentado con describir la revolucion en el Oeste, sino que ha querido estudiar sus elementos y sus gérmenes. La lucha de los parlamentos contra el poder real, las persecuciones, los suplicios; som-

brios anuncios de los fatales días que forman como el prófugo de 1793. En cuanto á los grabados que acompañan á esta magnífica obra, nuestros lectores podrán juzgar su mérito por el retrato de Juan Cottereau, que acompaña á estas líneas, apellidado *Juan Chuan*, que dió su apodo á todos los sublevados del Bajo-Maine y de la Bretaña, y que fué uno de los gefes realistas mas célebres por sus proezas.



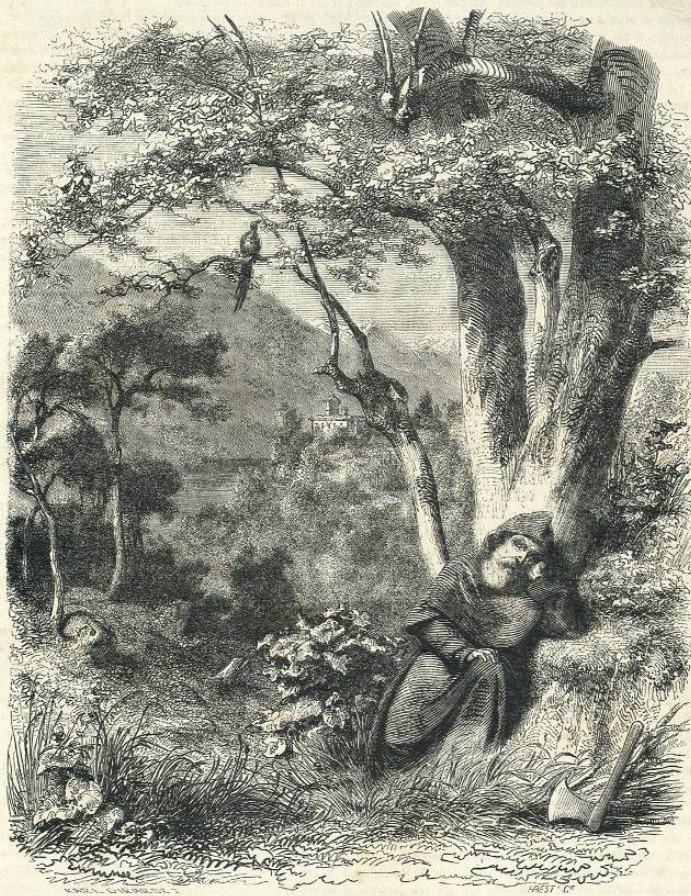
Juan Cottereau, llamado Juan Chuan.

Vendé con la bayoneta. « Los cincuenta hombres que encontré en la plaza de armas, dice el autor de las *Memoirs de un Sans-Culotte Breton*, eran granaderos del Herault, que no habian conservado como su capitán mas que algunas piezas de sus uniformes. Muchos llevaban sombreros de paja, y levitas de lienzo con bocamangas azules, y en los pies pedazos de sombrero ó suelas atadas á semejanza de la sandalia antigua. Al verles armados con una carabina ennegrecida, con sables desiguales y con pistolas en el cin-

pero sus adversarios no eran tampoco ménos valerosos ni temibles. Qué enérgica grandeza habia en aquellos soldados en harapos, sin dinero, sin calzado, sin pan, pero fuertes por instinto y marchando al enemigo al canto de la *Marseilles*! Los recuerdos contemporáneos nos han conservado la pintura de aquellos granaderos de la República que según la terrible espresion de uno de ellos, *labraron la*

EL PAJARO DEL PARAISO. (1)

LEYENDA SUECA.



Dibujo de Karl Girardet.

(1) Esta leyenda, procedente de Suecia ha sido popularizada en Francia por el celebre Schubert, que la ha cantado en una de sus obras: *Lo Antiguo y lo Moderno*. Schubert se ha dado á conocer como naturalista y como escritor. Si con el primer título se ha hecho una reputación bastante contestada, con el segundo ha adquirido en

su patria un justo renombre por un crecido número de obras entre las cuales podemos citar: la *Historia del Alma*, la *Simbólica de los sueños*, las *Consideraciones sobre los puntos oscuros de la naturaleza*, y los *viages por el país de Salzburgo*, el *Tirol* y el *Medio día de la Francia*, etc.